

LA MANO NEGRA

que parecen destacarse al final de nuestro recorrido.

En primer término, es indudable que después del Congreso de Sevilla de 1882 había en Andalucía una vasta organización proletaria, y dentro de ella está probado que existían núcleos de tendencia violenta, como el de Arcos de la Frontera, «Los Desheredados» y algún otro, sin que en ningún caso exista razón para vincularlos disciplinariamente con la Federación de Trabajadores, sino todo lo contrario. Como consecuencia, resulta también evidente que la situación laboral se complicó de manera decisiva con motivo de la resistencia de los obreros ante la buena cosecha presentada en 1883.

En segundo lugar, es evidente que hubo núcleos disidentes que, en la línea de progresiva radicalización de la protesta —incendios, sabotajes, etcétera—, observable desde los años 70, se colocaron de manera abierta en una postura de violencia, alguna vez lindante de los propósitos criminales. Esos grupos, además, debían tener relación con los disidentes de Arcos y otros grupos alejados de la FTRE, por lo que, si bien cabe suponer que algunos de los implicados en los crímenes de la llamada **Mano Negra** pertenecían a la Federación, puede afirmarse a su vez que sus actuaciones no tenían nada que ver con ella, como lo prueba la negativa a colaborar con el abogado Maisanove, entre otros, en defensa de los procesados, y las expresas condenas de los Congresos de Sevilla y Valencia, sin contar las numerosas contenidas en las Circulares, Memorias y demás documentos de la Federación.

Por último, resulta claro a estas alturas que la campaña legal y de prensa contra la **Mano Negra**, dirigida por el Gobierno, y más concretamente por el capitán general Polavieja y demás autoridades andaluzas, que contaba con el apoyo del amplio sector liberal, no fue sino un intento de acabar con la presión que suponía la existencia de una FTRE que era capaz de reunirse en público al amparo de la Constitución, disponía de su propia prensa y manejaba una fuerza numerosa y bien organizada de trabajadores de todo tipo.

En cierto modo cabe pensar que la burguesía liberal, dirigida entonces por Sagasta, como luego la conservadora de Cánovas, no fue capaz de aceptar el reto abierto de un movimiento obrero que se planteaba con indudables acentos moderados y en cuyo seno la presencia de grupos discordantes no

encerraba mayor riesgo. Hasta puede decirse que la FTRE era en 1882, bajo la batuta de Serrano Oteiza, Lluñas, etcétera, una interesante fuerza de tendencia «sindicalista», que muy bien pudiera haber sido aprovechada por una burguesía fuera tan ciega como para permitir que con campañas como la de la **Mano Negra** y otras —especialmente la absurda y criminal de Jerez en 1902— el movimiento obrero terminara encerrado en un callejón sin salida cuya única escapatoria era la violencia. La época de la «propaganda por el hecho» y el culto suicida a la acción individual sería, en los últimos decenios del siglo, la consecuencia de esta actitud burguesa. Pero eso tardaría aún en llegar. En estos años, por el contrario, lo raro es que la Federación no recurriera a la violencia por su parte, sino que siguiera insistiendo siempre —el papel de los catalanes en ello es básico— en la ventaja de la táctica «propagandística», pacífica y morigerada, frente a la actitud burguesa de represión sin concesiones.

La campaña de la **Mano Negra**, en fin, sirvió —como todas las organizadas desde los tiempos de Sagasta— para incrementar el prestigio de la asociación obrera, aureolada ya con el nimbo del martirio. Los sucesos de Jerez de 1902, segunda edición de los errores burgueses y de la ingenuidad obrera, demostrarían que el mito de la **Mano Negra** seguía vivo entrado el siglo XX. Pero, con independencia de estos efectos, lo asombroso es el grado de insensata crueldad con que la clase dominante llevó a cabo —El Arahá, Loja, Montilla, Jerez, etcétera— una política de cauterización tan bárbara como contraproducente para sus propios intereses. La verdad, la dura verdad, es que el derrotero de violencia seguido por el anarquismo desde finales del XIX fue tan absurdo como obligado. En nuestra historia contemporánea, los errores tácticos del proletariado sólo son comparables a la medrosa e insensata estrategia de la burguesía. Pero, en fin, la tragedia de la **Mano Negra** sirvió para despertar la conciencia «reformista» de la burguesía: la Comisión de Reformas Sociales, otro de los ensayos frustrados en favor de la integración social del país, nació poco después como un eco de la mala conciencia de la burguesía por los sucesos de Jerez. Ya era algo. ■ J. A. G. M.

LA EDUCACION DE PALMIRA

Nuria Pompeia • Manolo V



LAS PERFILADAS EXÉGESIS DEL MARINO CÚBICO, CUAL CÉLULA MUERTA DE UN UNIVERSO DESOCUPADO POR FANTASMAS DE CIFRAS Y LÍNEAS CURVAS, OCUPABA UN RINCÓN DE MI AVIESO POZO DE LA MENTIRA...



NO. NO. NO. NO ME GUSTA. ESCRIBE OTRA VEZ: DE LAS PROFUNDIDADES MAGMÁTICAS DEL PÚTRIDO PENSAMIENTO, SURGÍAN FLORES DEL MAL, CON PROPICIO PERFUME HACIA EL ENCANTADO MARINO, ODRE DE VINO, COLOREADO POR FANTASÍAS QUE CREÍA PERDIDAS...



NO. NO. NO. TAMPOCO ME GUSTA. TENGO UN DÍA SINIESTRO Y NO VOY A TERMINAR LA NOVELA A TIEMPO. A VER... A VER...



YA ESTÁ. ME PARECE QUE ASÍ IRÁ BIEN. ESCRIBE: ME CAÍA BIEN AQUEL MARINO GORDITO.